

No. 1 - Abril - 1957



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO IV

TODO ES RONDA

Gabriela Mistral

Los astros son ronda de niños
jugando la tierra a mirar . . .
Los trigos son talles de niñas
jugando a ondular . . . a ondular . . .

Los ríos son rondas de niños
júgando a encontrarse en el mar . . .
Las olas son rondas de niñas
jugando este mundo a abrazar . . .



Revista Infantil Nacional

FAROLITO

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Administración:

GUILLERMO SOLERA R.

ONDINA PERAZA

San José — Costa Rica

Sumario:

Todo es ronda	1
Invitación	2
Gabriela Mistral	3
A los niños	4
Rondas de Niños	6
Los tres caballos	8
Los que no danzan	11
El lobo y las siete cabritas	12
Página de los niños	15
La manca	16

ABRIL 1957

NUMERO 1

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:

¢ 0.20

INVITACION

¿Qué niño no quiere a la ronda
que está en las colinas venir?
Aquellos que se han rezagado
se ven por la cuesta subir.

Venimos los niños buscando
por viñas, majadas y hogar.
Y todos cantando se unieron
y el corro hace el valle blanquear.

Gabriela Mistral

GABRIELA MISTRAL

Nació Gabriela Mistral el 7 de Abril de 1889, al norte de Chile, en el pueblo de Vicuña.

Desde muy niña reveló fina sensibilidad y honda ternura. En comprensión amorosa se relacionó con los niños y con la naturaleza.

Desde la edad de 15 años fue maestra. Trabajó en diferentes escuelas de Chile. En 1918 dirigió en Puntarenas, población situada en el extremo meridional de su país, un colegio de segunda enseñanza.

Joven esbelta, de ojos verdes y de personalidad atrayente, amó y sufrió: tuvo alegrías y hondas amarguras. Las amarguras de su amor las expresó magistralmente en "Cuatro Sonetos a la Muerte" que premiados en Santiago de Chile, la distinguieron como poetisa excelsa. Iniciaba entonces su obra poética que más tarde acrecentó con nuevos y valiosos versos. En muchos de ellos dio expresión al amor que sentía por los niños y por las madres: las penas y las alegrías que hizo suyas cuando fue maestra rural.

Viajó por América y Europa, y allá se prodigó en una escuela más amplia donde tuvo por alumnos a los amigos y a los que sin conocerla la comprendieron en sus poemas. Estuvo en Costa Rica en 1934. Fue recibida con calurosa cordialidad. En la ciudad de Heredia caminó entre dos filas de niños que la aclamaron arrojando flores a su paso. Cuando se trasladaba de San José a Puntarenas para tomar el barco que la llevaría a otro país, los niños de las escuelas llegaron a las estaciones del Ferrocarril al Pacífico para conocerla y celebrar con sus ojos abiertos, llenos de curiosidad y amor, a la poetisa que había escrito lindas rondas para ellos.

Todos los países a los cuales ella visitó o en los que estableció su residencia, se sintieron honrados.

Su nombre de pila es Lucila Godoy Alcayaga, pero se la conoce por Gabriela Mistral que fue el seudónimo de sus versos.

En 1945 recibió el premio Nobel de Literatura, y fue ella, el primer escritor de Latino-América a quien se concedió ese alto honor.

Entre los libros que escribió están: *Tala*, *Ternura*, *Desolación* y *Lagar*.

Murió después de penosa enfermedad, el 10 de Enero del presente año en un hospital de la ciudad de Nueva York.

A LOS NIÑOS

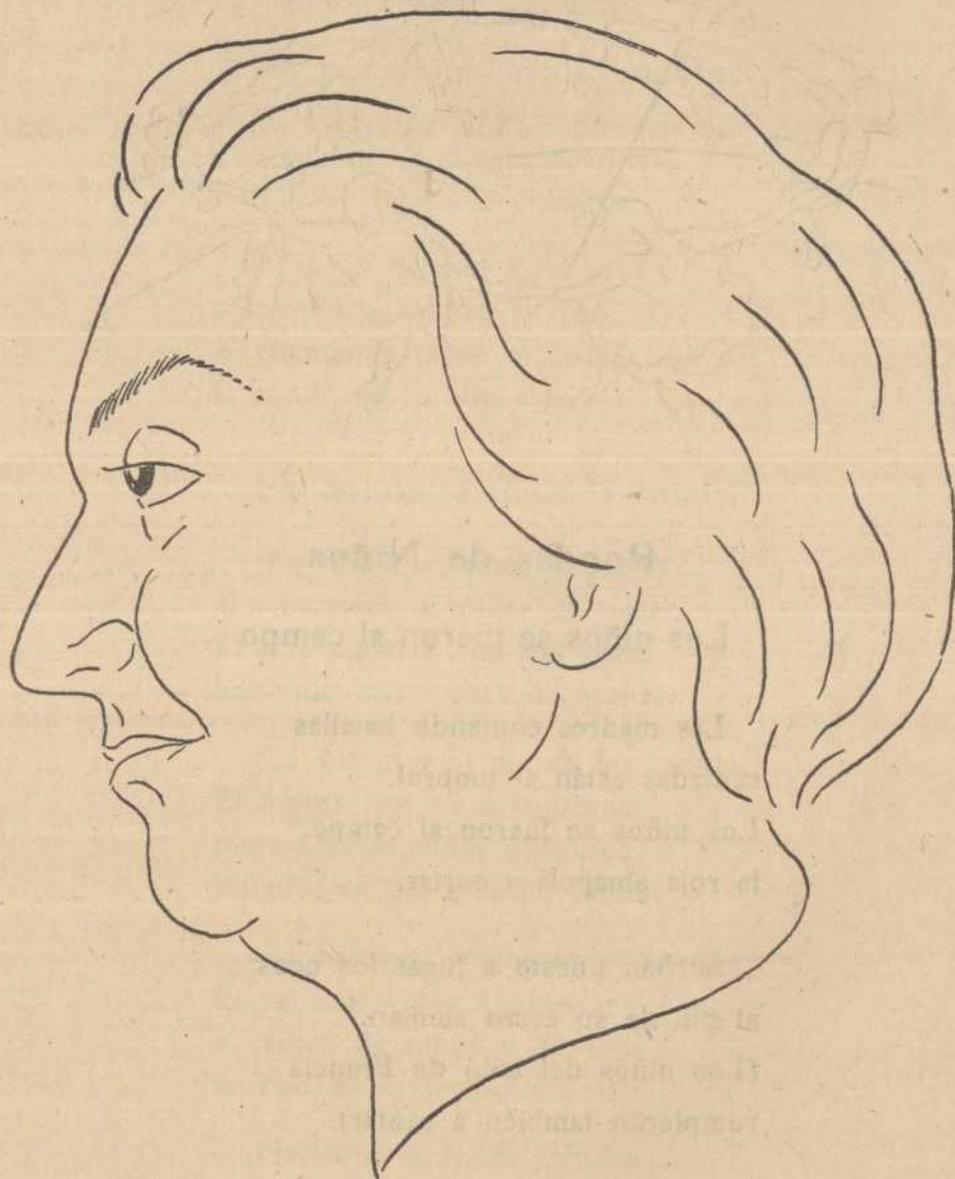
Después de muchos años, cuando yo sea un montoncito de polvo callado, jugad conmigo, con la tierra de mi corazón y de mis huesos. Si me recoge un albañil, me pondrá en un ladrillo, y quedaré clavada para siempre en un muro, y yo odio los nichos quietos. Si me hacen ladrillo de cárcel, enrojeceré de vergüenza oyendo sollozar a un hombre; y si soy ladrillo de una escuela, padeceré también de no poder cantar con vosotros, en los amaneceres.

Mejor quiero ser el polvo con que jugáis en los caminos del campo. Oprimidme: he sido vuestra; deshacedme, porque os hice; pisadme, porque no os dí toda la verdad y la belleza. O, simplemente, cantad y corred sobre mí para besaros las plantas amadas . . .

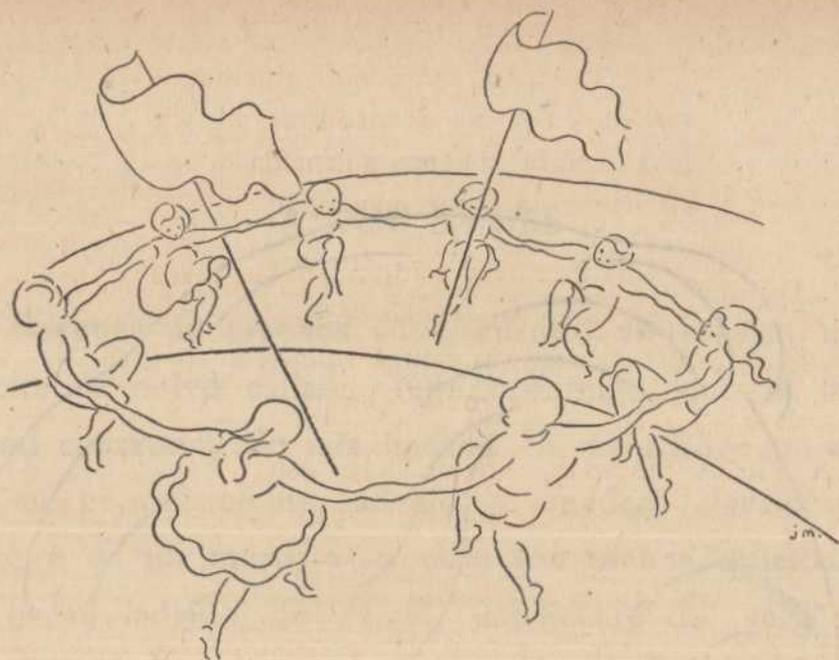
Decid cuando me tengáis en las manos, un verso hermoso y crepitaré de placer entre vuestros dedos. Me empinaré para miraros, buscando entre vosotros los ojos, los cabellos de los que enseñé.

¡Y cuando hagáis conmigo cualquier imagen, rompédla a cada instante, que a cada instante me rompieron los niños de ternura y de dolor! . . .

Gabriela Mistral



GABRIELA MISTRAL



Rondas de Niños

Los niños se fueron al campo

**Las madres contando batallas
sentadas están al umbral.**

**Los niños se fueron al campo,
la roja amapola a cortar.**

**Se han puesto a jugar los ecos
al pie de su cerro alemán.**

**(Los niños del lado de Francia
rompieron también a cantar).**

**El canto los montes pasaba
(El mundo parece cristal).**

**Y a cada canción las dos rondas
han ido acercándose más.**

La frase del canto no entienden,
mas luego se va a encontrar,
¡y al ver la viviente guirnalda
su llanto va a ser manantial!

Los hombres saldrán en su busca
y el corro tan ancho será,
que siendo vergüenza romperlo
riendo en la ronda entrarán . . .

Después bajarán a las eras
a hacer sin sollozo su pan.
Y cuando la tarde se apaga,
la ronda en lo alto estará . . .

¿En donde tejemos la ronda?

¿En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas,
haciendo una trenza de azahar.

¿La haremos al pie de los montes?
El monte nos va a contestar.
¡Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar!

¿La haremos mejor en el bosque?
El va voz y voz a mezclar
y cantos de niños y de aves
se irán en el viento a besar.

¡Haremos la ronda infinita:
la iremos al bosque a trenzar,
la haremos al pie de los montes
y en todas las playas del mar!

Gabriela Mistral



LOS TRES CABALLOS

Hace muchos años vivía un hombre que tenía tres hijos: uno era herrero, otro carpintero, y el más pequeño, barbero. Este se llamaba Joaquín, y como no estaba contento con su oficio, decidió ir a buscar fortuna por el mundo.

Después de vagar por varios países, llegó a una ciudad donde vivía un rey que tenía unos jardines magníficos. Muchos jardineros trabajaban en ellos; pero inútilmente. Cada noche tres caballos salvajes penetraban en el jardín y destrozaban todo lo que durante el día había sido plantado. Poco duraban los jardineros en su oficio, pues al ver que su trabajo era inútil, se cansaban de trabajar y abandonaban su empleo.

Cuando Joaquín llegó, había muchos puestos vacantes y decidió colocarse allí. Habló al jefe de los jardineros, y se quedó a trabajar en el jardín. Todo el día trabajó sin descanso y sus compañeros le contaron la historia de los caballos. Este, intrigado por aquel misterio, decidió quedarse a pasar la noche en el

jardín. Era valiente y no temía nada; sabía perfectamente que los caballos no hacen daño a un hombre que no les teme.

El jefe de los jardineros se alegró mucho de que Joaquín se quedara a vigilar el jardín aquella noche. Este cogió su guitarra y comenzó a tocarla, en espera de los caballos. Al poco tiempo oyó un fuerte galopar y pronto distinguió los golpes de las patas de los caballos sobre la puerta; pero siguió tocando sin dar muestras de miedo. Al poco rato no se oía más que la música de su guitarra. Los caballos se habían quedado en la puerta, escuchando aquella música extraña, sin atreverse a entrar en el jardín.

Al día siguiente, el jefe de los jardineros estaba encantado de ver intacto el jardín. Los reyes y la princesa Angelita pudieron deleitarse paseando por los jardines, que no se hallaban, como de costumbre devastados.

Durante la noche siguiente, los tres caballos salvajes volvieron a la puerta del jardín y desde allí escucharon de nuevo la música del joven.

La tercera noche también acudieron los caballos y le pidieron a través de la verja unas hojas de col. Joaquín les dio a cada uno unas hojas.

Entonces el caballo blanco le dijo:

—Si alguna vez me necesitas, bastará que digas: “Caballo blanco, ayúdame”, y acudiré inmediatamente.

Luego el caballo gris le dio las gracias por las hojas de col y le hizo un ofrecimiento análogo. Igual hizo el caballo negro.

Desde entonces podía llamar a cualquiera de ellos, seguro de que habría de encontrarlo al momento.

A partir de aquella noche, los caballos no aparecieron más y el jardín real volvió a recuperar la belleza que desde hacía muchos años había perdido. La princesa

que era muy aficionada a las flores, se pasaba el día en él. Era muy bella y parecía una flor más.

Pasó el tiempo y sus padres decidieron casarla. Pero como eran tantos y tan apuestos todos los pretendientes, no sabía por cual decidirse. Entonces se le ocurrió una idea: el jinete que antes subiera la escalinata de Palacio y cogiera el clavel de su pelo, ése sería su prometido.

Todos los príncipes y caballeros tomaron parte en la competición; pero ninguno de ellos logró llegar rápidamente hasta la princesa; los tramos de la escalinata eran tan anchos que no podían ser salvados de un salto y la mayoría caían por el suelo o subían lentamente, lo cual no tenía ningún mérito.

Joaquín, que presenciaba las pruebas, se acordó de la promesa de los caballos y gritó:

—¡Caballo blanco, ayúdame!

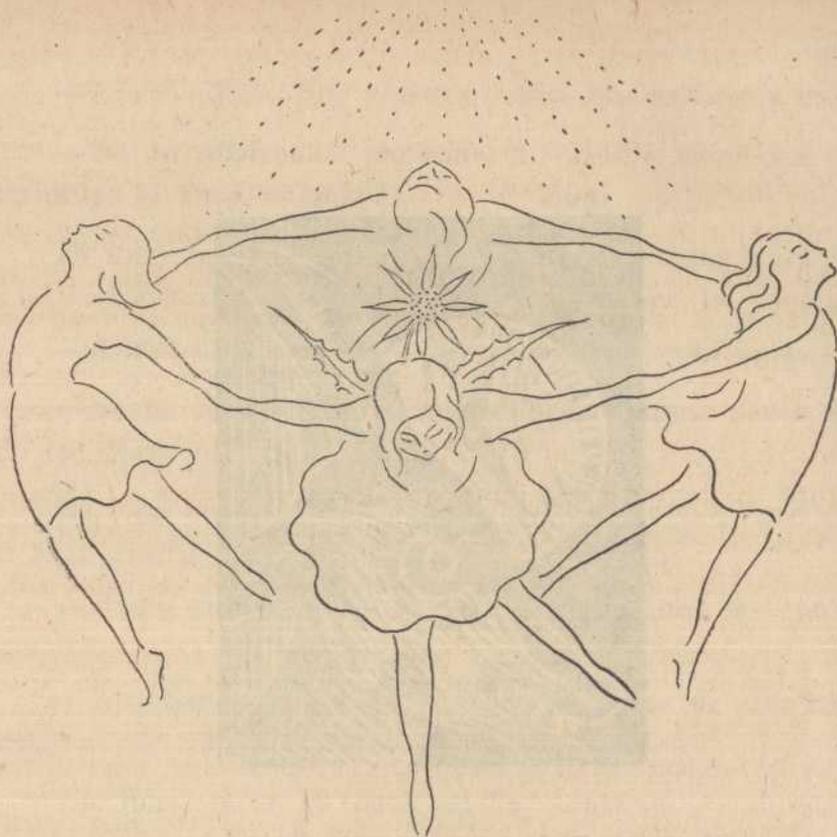
En seguida se presentó ante él, magníficamente enjaezado. De un salto, lo montó y se lanzó a galope tendido hacia donde estaba la princesa, en lo alto de la escalinata.

Subió todos los escalones con una agilidad y una rapidez sorprendente. La princesa le vió venir y reconoció a Joaquín, su joven jardinero, del que hacía tiempo estaba enamorada. Quitándose el clavel del pelo, se lo entregó y le proclamó vencedor.

Todo el mundo le vitoreó; pero nadie le conocía. Alguien aseguró que era un barbero que había abandonado su país en busca de fortuna.

Las bodas fueron magníficas. Al salir de la iglesia, Joaquín oyó los relinchos de los caballos detrás de la puerta del jardín, y cuando quiso verlos, habían desaparecido.

Leyenda del Brasil



LOS QUE NO DANZAN

Gabriela Mistral

Una niña que es inválida
dijo:—"¿Cómo danzo yo?"
Le dijimos que pusiera
a danzar su corazón...

Dijo el pobre cardo muerto:
—"¿Cómo, cómo danzo yo?"
Le dijimos:—"Pon al viento
a volar tu corazón..."

Dijo Dios desde la altura:
—"¿Cómo bajo del azul?"
Le dijimos que bajara
a danzarnos en la luz.

Todo el valle está danzando
en un corro bajo el sol,
y al que no entra se le hace
tierra, tierra el corazón.



EL LOBO Y LAS SIETE CABRITAS

Erase una vez una vieja cabra que tenía siete cabritas, a las que quería tan tiernamente como una madre puede querer a sus hijos. Un día quiso salir al bosque a buscar comida y llamó a sus pequeñuelas.

—Hijas mías— les dijo—, me voy al bosque; mucho ojo con el lobo, pues si entra en la casa os devorará a todas sin dejar ni un pelo. El muy bribón suele disfrazarse, pero lo conoceréis en seguida por su ronca voz y sus negras patas.

Las cabritas respondieron:

—Tendremos mucho cuidado, madrecita. Podéis marcharos tranquila.

Despidióse la cabra con un balido, y confiada, emprendió su camino. No había transcurrido mucho tiempo cuando llamaron a la puerta y una voz dijo:

—Abrid hijitas. Soy vuestra madre que os trae confituras.

—No te abriremos exclamaron. Mamá tiene voz suave y cariñosa; la tuya es ronca: eres el lobo.

El lobo fue a la botica y compró pastillas para suavizar la voz; de nuevo volvió a la casita y tocó la puerta:

—Abrid hijitas, para cada una traigo confituras.

—No te abriremos; nuestra madre no tiene patas negras como tú. ¡Eres el lobo!

El lobo entonces se encaló las patas y por tercera vez vino a la casita y llamó a la puerta diciendo:

—Abrid hijitas— es vuestra madre que os trae ricas cosas.

—Enséñanos una pata, queremos saber si eres nuestra madre.

La fiera puso la pata en la ventana, y, al ver ellas que era blanca le abrieron la puerta. Pero fue el lobo quien entró. ¡Qué sobresalto Dios mío! Todas corrieron a esconderse. Una se metió debajo de la mesa; la otra, en la cama, la tercera en el horno; la cuarta, en la cocina; la quinta en el armario; la sexta debajo de la fregadera, y las más pequeña en la caja del reloj. Pero el lobo fue descubriéndolas una tras otra y se las engulló a todas menos a la más pequeñita. Ya satisfecho se alejó a trote ligero y llegado a un verde prado se tumbó a dormir a la sombra de un árbol.

Poco después regresó a casa la vieja cabra. ¡Santo Dios lo que vió! La puerta abierta de par en par; la mesa, las sillas y los bancos volcados; las mantas y almohadas, por el suelo. Buscó a sus hijitas pero no aparecieron por ninguna parte; llamólas a todas por sus nombres pero sólo la más pequeña contestó:

—Madrecita, estoy en la caja del reloj.

Sacóla la cabra, y entonces la pequeña le contó que había

venido el lobo y se había comido a sus hermanitas. ¡Cómo lloraba la madre la pérdida de sus hijitas! Cuando ya no le quedaban más lágrimas salió al campo en compañía de su pequeña, y al llegar al prado vio al lobo dormido debajo del árbol. Al observarlo de cerca, parecióle que algo se movía todavía en su abultado estómago.

—¡Válgame Dios!—pensó—¿si serán mis hijitas que todavía están vivas?

Abrió el estómago del monstruo, y apenas había empezado a cortar cuando una de las cabritas asomó la cabeza. Al seguir cortando saltaron las seis afuera, una tras otra, todas vivitas y sin daño alguno, pues el lobo en su glotonería se las había tragado enteras. ¡Era de ver la alegría de la madre y de sus hijitas! Se abrazaron y saltaron de contento.

La cabra dijo luego:

—Traedme ahora piedras; llenaremos con ellas el estómago del lobo, aprovechando que duerme.

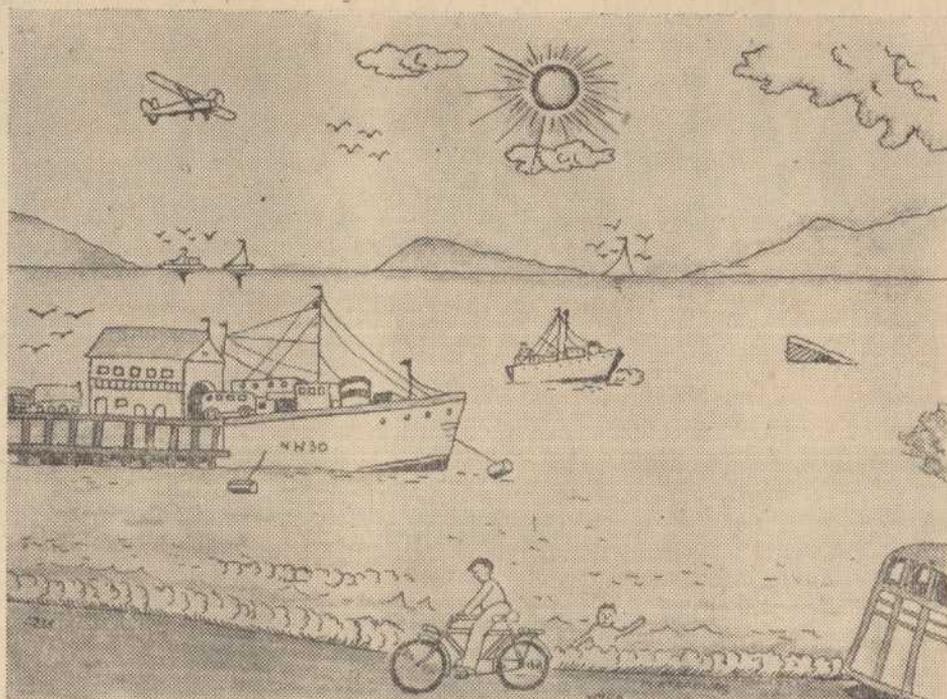
Las siete cabritas trajeron las piedras y las fueron metiendo en la barriga, hasta que ya no cupieron más. La madre cosió la piel con tanta presteza y suavidad, que la fiera no se dio cuenta de nada ni hizo el menor movimiento.

Terminada ya su siesta el lobo se levantó, y como tenía sed, se encaminó a un pozo a beber agua.

Al llegar al pozo e inclinarse sobre el brocal, el peso de las piedras lo arrastró y lo hizo caer al fondo, donde se ahogó miserablemente.

Desde ese día las cabritas vivieron felices en su casita del bosque.

Hermanos Grimm

PAGINA DE LOS NIÑOS

Víctor Ml. Sánchez
(13 años)

Este río tan grande...

Este río tan grande... tan grande... que anda, que corre y que canta, no muestra cansancio y cumpliendo siempre se aleja y no termina de pasar. Su canto entre piedras, su murmullo entre arenas y musgos es un cuento que todos oímos y que él me ayudó a comprender.

Y cuando ebrio de selva, de luz y de estrellas se entrega al mar, se eleva, se purifica, y vuelve de nubes errantes a la entraña de la madre tierra a iniciar su camino, a seguir su selva, a continuar su canto.

Colaboración de Leonardo Palma Hernández
11 años, Escuela Joaquín Lizano, Heredia.



La Manca

Que mi dedito lo cogió una almeja,
 que la almeja se cayó en la arena,
 y que la arena se la tragó el mar,
 y que del mar la pescó un ballenero,
 y que el ballenero llegó a Gibraltar;
 y que en Gibraltar cantan pescadores:
 —"Novedad de tierra sacamos del mar,
 novedad de un dedito de niña:
 ¡la que está manca lo venga a buscar!"

Que me den un barco para ir a traerlo,
 y para el barco me den capitán,
 para el capitán que me den soldada,
 y que él por soldada pide la ciudad;
 Marsella, con torres y plazas y barcos,
 de todo el mundo la mejor ciudad,
 que no será hermosa como una niña
 a la que robó su dedito el mar,
 y a que balleneros en pregones cantan
 y están esperando sobre Gibraltar ...

• Gabriela Mistral